

ción de un acto iniciado. El mecanismo siguió funcionando mientras le duró la cuerda.

☪ Las personas por cuyo conducto se hizo el ofrecimiento de territorio mejicano, se encargaron de parar el reloj de D. Matías, diciendo que, antes de las elecciones, Lincoln y Seward no tratarían, aunque se les obsequiase con un continente. D. Matías escribió entonces la tercera nota de la serie, razonando con el buen sentido más cabal, sobre la actitud que asumirían los Estados Unidos después de la derrota de los confederados. Entonces no habría para qué solicitar la contraintervención de los Estados Unidos: por sí solo el Gobierno de Washington obraría activamente, «pidiéndole á Juárez ayuda moral para dar á su intervención el colorido de justicia que tendría procediendo de acuerdo con el Gobierno republicano.» Mas, en todo caso, había que evitar una cooperación material, ya consistiese en dinero ó en fuerza armada, porque el pago de toda ayuda se haría con Sonora, California ó Tehuantepec. Sin embargo, aceptaba la necesidad, expresándose de este modo: «Si nosotros, pues, hemos de tener que recurrir alguna vez á este país para que nos ayude á arrojar á los franceses del nuestro; ó si, á nuestro pesar, este país ha de tener que intervenir en nuestros asuntos, y si en ambos casos hay peligro grave de que perdamos una porción de nuestro territorio, parece que la política más sabia y patriótica sería la que tratara de reducir la pérdida á la menor porción posible.» Planteada de este modo la cuestión, fué resuelta sin criterio fijo en el resto de la nota, con algunas consideraciones muy juiciosas. Ya no existía el peligro de que Méjico se convirtiera en colonia francesa: á lo sumo, podría temerse que Napoleón exigiese alguna parte del territorio para pagarse las reclamaciones hechas á Méjico y los gastos de la expedición. Si tal cosa sucediera, lo prudente sería pactar con los Estados Unidos que su ayuda para expulsar á los franceses tuviera como remuneración el mismo territorio cedido por Maximiliano á Napoleón. Aunque meditando con más detenimiento, parecería lo más conveniente no meterse con los Estados Unidos, dejar perdidos los territorios que Maximiliano entregara á los franceses, y esperar á que las colonias de Francia se hicieran independientes, lo que no tardaría en acontecer, quedando de todos modos un eslabón intermedio para aislarnos de los Estados Unidos y no sufrir esa superioridad aplastante de un vecino tan poderoso. Hay que lamentar en toda esta nota la falta de un razonamiento sostenido sobre lo más probable, ya que tanto insiste sobre contingencias remotas. Lo probable era lo que el mismo Romero expone diciendo: «Una vez terminada la guerra civil en los Estados Unidos, la necesidad que este Gobierno tendrá de intervenir en la cuestión de Méjico, ha de ser de tal manera imperiosa, que entonces será él quien nos solicite para tener la ventaja de nuestra ayuda, y dar á su intervención, aunque ésta no sea armada, como debemos procurarlo, el colorido de justicia, legalidad y fuerza moral que tendrá, procediendo de acuerdo con nosotros. Entonces nosotros estaremos en posición de poner condiciones, mientras que, si ahora promoviéramos alguna negociación en este sentido, acaso tendríamos que aceptar las que se nos impusieran.» Llama la atención que, pensando así, hubiera ideado el juego pueril y peligroso que él llamaba ex-

pediente, y que aunque ya ha sido objeto de alguna alusión líneas arriba, conviene ver en los propios términos con que lo da á conocer su autor. «Discutiendo con el general Doblado lo que sería conveniente hacer en vista de las presentes circunstancias (ya hemos tenido ocasión de saber por el mismo Romero que nada se podía ni se debía hacer en vista de esas circunstancias), llegamos á convenir que él, como particular y expresando simplemente su opinión, dijera que creía conveniente que el Supremo Gobierno vendiera á los Estados Unidos la Baja California y una parte de Sonora; que estaba dispuesto á recomendar esa medida al Presidente, y que la creía de fácil realización. Pareció que, procediendo así, podríamos dar á este Gobierno más interés en no reconocer á Maximiliano, y aun llegar á saber qué haría si se le llegaba á proponer dicho arreglo, sin que por eso nos comprometiéramos á nada, supuesto que yo no había de aparecer oficial ni extraoficialmente en el asunto.» Al contrario, el compromiso era grande, y no se necesitaba que apareciese el ministro de la República, siendo bastante que Seward sintiese el apetito de los bienes que se le metían por los ojos, para que el Gobierno de los Estados Unidos aprovechase la emergencia y se arrojara sobre ellos. Incurrir en este peligro sin tener necesidad ninguna de provocarlo, como claramente lo demuestran los mismos hechos alegados por el ministro Romero, era llegar al extremo de la incoherencia en la conducta.

☪ Al recibir esas notas el ministro de Relaciones, tal vez vió el peligro en que estábamos con un hombre tan privado de juicio en sus actos como bien dotado para las observaciones fragmentarias. Así, pues, aun cuando el Gobierno de Juárez había estudiado el aspecto de indudable legalidad que le asistía al solicitar la ayuda de los Estados Unidos, penetró profundamente en el peligro de una cooperación material. La venta de territorio nunca estuvo en la mente de Juárez: aun á falta de la ley que se lo vedaba, era bastante para impedirselo su patriotismo. «No sólo por las convicciones del Gobierno, sino también por un estricto cumplimiento de sus deberes, se abstendrá siempre de celebrar cualquier tratado ó convenio en que no se salvara la independencia é integridad del territorio nacional, ó en que otro Gobierno pretendiera tener en la República cualquiera especie de intervención. Las leyes de 11 de diciembre de 1861, de 3 de mayo de 1862, de 27 de octubre del mismo año y de 27 de mayo de 1863, impusieron esas restricciones al Gobierno cuando le dieron las amplias facultades de que está investido. Además, aun cuando el Gobierno pudiera prescindir de aquellas restricciones, no tendrá el deseo de hacerlo, porque su propósito ha sido y será siempre que se salve toda la República, con su soberanía y con todos sus derechos.» A pesar de esto, el Gobierno entraba en el terreno de las determinaciones atrevidas, porque cuando «sólo ha tenido que luchar con mejicanos rebeldes á su autoridad, se ha limitado á emplear los elementos y las fuerzas nacionales; pero cuando lucha contra un invasor extranjero y poderoso, no puede haber inconvenientes que lo retrajeran de recibir auxilios de otro Gobierno sin perjudicar los intereses y el honor nacional.» He aquí en lo que podrían consistir esos auxilios. Sigue la nota de Lerdo de Tejada á Romero: «Respetándose estos principios (limitaciones de las facultades del Gobierno en cuanto á enajenación de

territorio), podría usted procurar, cuando llegase la oportunidad, que los Estados Unidos auxiliaran eficazmente la causa de la República, no sólo con un auxilio moral que, como indica usted, por ejemplo, pudiera consistir en protestas ó tal vez en amenazas, sino también con un auxilio físico, que consistiera en dinero, en elementos de guerra, ó aun en fuerzas que tuvieran el carácter de auxiliares de la República. En el caso de celebrarse algún tratado ó arreglo para que los Estados Unidos prestasen físicamente su auxilio, podría tener el carácter de un tratado de alianza para repeler la actual invasión de Méjico, ó aun podría tener el carácter de un tratado en que se elevase la doctrina de Monroe á la clase de un principio permanente que impusiera la obligación de ayudarse en todo tiempo para rechazar cualquiera intervención europea en los asuntos exclusivamente americanos. El Gobierno creería aceptable uno ú otro carácter, así como algún otro semejante, aunque siempre sería preferible lo que diera el resultado de auxilios eficaces en la lucha actual con menos compromisos para lo futuro. Si el auxilio que los Estados Unidos llegasen á dar, no fuera sólo de dinero y elementos de guerra, sino también de fuerza armada, ésta, como se ha dicho, debería ser en clase de auxiliares del ejército de la República. Sería natural que el mando de aquella fuerza lo tuvieran sus propios jefes; pero debería cuidarse de que en lo relativo á la dirección superior de fuerzas de las dos Repúblicas cuando operasen unidas, y á la dirección general de la campaña, se estipulasen algunas de las reglas practicadas en otros países en casos semejantes, para que quedasen atendidos y considerados los derechos y la dignidad del Gobierno de la República. Teniendo también los Estados Unidos verdadero interés en que se repela de Méjico una intervención europea, podría depender de la mayor ó menor voluntad de los mismos Estados Unidos, que quisieran hacer á cargo de Méjico todos ó parte de los gastos del auxilio que le prestaran. Sin embargo, la República debería admitirlo aun cuando todos los gastos fuesen á cargo de la misma; pero siendo indispensable que los Estados Unidos anticiparan las sumas necesarias, la República sólo podría obligarse á pagarlas más adelante. En esta materia deberían estipularse las obligaciones de Méjico, regulándose en lo que fuera justo y posible, teniendo presentes sus circunstancias. Respecto de garantías para el pago, pudiera considerarse lo que fuera posible respecto de la consignación de alguna parte de las rentas de la República ó de los productos de la enajenación de bienes nacionales y terrenos baldíos, debiendo siempre evitarse cualquiera hipoteca ó compromiso sobre una parte del territorio, que pudiera acarrear alguna cesión futura del mismo.»

☪ Los patriotas por cuyo acuerdo unánime se enviaran estas instrucciones á fines del 64, quedan limpios ante la posteridad de cualquier imputación que los mancillara. Ni vendieron la República al extranjero, ni estuvieron inclinados á un cobarde acomodo. Se contestó en términos precisos una serie de preguntas que habla propuesto el ministro Romero en su nota del 6 de octubre. Si algo hay que observar en estas instrucciones, sólo se refiere á la fe, un tanto candorosa, con que se esperaban, después de la guerra, los primeros efectos de la doctrina de Monroe, caracterizada como una base de indeclinable igualdad entre ambas

repúblicas, y no como el medio de que se valían los Estados Unidos para imponer la hegemonía norteamericana, sin compromisos de reciprocidad, que no podían existir entre dos países de fuerza tan desigual. Hubo, también, una propensión harto sensible á confiar en las estipulaciones, como si un pueblo, en el delirio de la militarización, hubiera respetado barreras de papel que estorbasen sus pruritos de conquista.

☪ Mas ¿á dónde volver los ojos en busca de auxilio? Una tenaz esperanza fomentada por las manifestaciones fraternales que venían del pueblo, de la prensa y de las Cámaras representativas de los Estados Unidos, mantenía, en toda su vivacidad, la fe primitiva de los progresistas mejicanos, siempre confiados en la influencia libertadora y en la pureza magnánima del pueblo más libre de la tierra. Con todo, un escrúpulo que flotaba en todas las instrucciones del Sr. Lerdo de Tejada, tomaba cuerpo en la última, que decía así : «Para convenir que los auxilios que se prestaran á Méjico fueran más ó menos eficaces y en mayor ó menor escala, deberían tenerse en consideración los gravámenes que respectivamente se ocasionaran, sirviendo esta consideración para reducirse á obtener menos, siempre que, para obtener auxilios mayores ó más eficaces, pareciesen los gravámenes desproporcionados, ó excedieran de lo que pareciere posible convenir. Aunque los auxilios pareciesen reducidos á los elementos de guerra que se facilitarían, ó en cuanto al número de fuerzas auxiliares, ó en cuanto á que éstas no debieran operar en toda la República, sino sólo en alguna parte de su territorio, siempre serían importantes, pues servirían para que se sostuviera el Gobierno de la República, que, sosteniendo la lucha, no duda del triunfo final de su causa.» ¿Quién ha podido demostrar que Juárez y sus consejeros de Chihuahua dudaran jamás del triunfo definitivo de la República? Todos los augurios les decían que la intervención era una obra precaria. Y repetían sus juicios, formulados en 1862 : la intervención, según ellos, duraría lo que durara el statu quo europeo, de continuo amenazado por las complicaciones que ocasionaría el advenimiento de las nuevas nacionalidades; duraría lo que durara la impotencia del Gobierno federal en los Estados Unidos; duraría lo que durara la paciencia de Napoleón, su ilusión en una obra frustránea y la resistencia del Gobierno imperial á la maciza oposición que provocó su política transatlántica. Todo esto aparece luminosamente demostrado en las crónicas que publicaba el Sr. Iglesias. Y aparecía otra cosa. El Imperio no sobrenadaría. El último batallón francés tendría que servir de escolta á Maximiliano para sacarlo sano y salvo del país. Esto era evidente : los liberales que habían aceptado el Imperio, formaban ciertamente una masa, pero no una fuerza de esas que firman las leyes de Veracruz y ganan ó pierden acciones en Aqualulco y en la Estancia de las Vacas. Todas estas previsiones fueron brillantemente confirmadas antes de que pasaran tres años.

☪

☪ Á Seward nada le importaba que Juárez y su Gobierno sucumbiesen. Nada le

importaba que el Imperio se sostuviese ó fuera arrasado por los defensores de la República. Su problema se precisaba así: expeler de América á Napoleón, y lograrlo sin comprometerse en una guerra con Francia, que consideraba funesta para su patria. No creía posible, ni lo era, que la contienda fuese desfavorable para las armas de los Estados Unidos, teniendo que decidirse en América, á un paso de su país, y con la consiguiente superioridad material y numérica, que se hacía aplastante por el genio de sus generales, para los que no había un solo rival en el ejército francés, no menos que por el formidable espíritu democrático de sus combatientes. Pero Seward veía, en estas razones del éxito indudable de la guerra, un peligro para los Estados Unidos, cuyo problema era diseminar sus soldados en las tareas agrícolas de la primavera, para que así, reabsorbidos por la nación, desaparecieran instantáneamente los ejércitos. Comprendía que una masa armada no permanece inactiva, y que, al día siguiente del triunfo, vencedores y vencidos se unirían, envolviendo al país en las miserias del militarismo, para el que la nación estaba dispuesta por la presencia de las fuerzas francesas en Méjico. Seward tuvo, pues, que resistir al pueblo que pedía la guerra, y al ejército que la exigía. Su frialdad hacia nuestro Gobierno aumentó con la seguridad de la victoria, y marcó claramente la intención de desligar la suerte de Juárez y la del propósito de exclusión europea en los asuntos americanos. El monroísmo era asunto propio de los Estados Unidos, que no se trataría en ligas anfictionicas, ni daría lugar á pactos de alianza con la República vecina. Sí; el Secretario de Estado no sólo fué frío, sino desdenoso é insolente. Sirvió á su patria, y, con esto, sirvió indirectamente también á la nuestra, pues no hay nada tan peligroso para un pueblo de América como el amor desinteresado que los Estados Unidos sienten por la libertad de sus hermanas menores. Su protección es un dogal de fuego.



Los desastres de las fuerzas republicanas no podían contrarrestarse con las victorias episódicas que lograron alcanzar, el 22 de diciembre en San Pedro y el 10 de enero en Veranos. Con la una, no pudo impedir el bravo Rosales que Culiacán cayese en poder del enemigo, que en marzo de 1865 ya se extendía por toda la costa y se adueñaba de Guaymas. Corona, con la acción de Veranos, lugar próximo á Mazatlán, tampoco impidió que un mes más tarde, el 11 de enero, Billault incendiara Concordia. Juárez quedaba encerrado, sin un solo puerto, reducido á los recursos interiores que podían proporcionarle el oriente y norte de Sonora, casi todo Chihuahua y una parte de Coahuila. Aun de la capital de Chihuahua iba á ser arrojado. ¿Cruzaría la frontera y abandonaría su investidura? «Constantemente se ha seguido anunciando en todo el mes (diciembre de 1864) la salida de la expedición francesa de Durango sobre Chihuahua. Parece que en efecto va á formalizarse dentro de pocos días, á juzgar por las últimas noticias recibidas, en las que se habla de los preparativos que se estaban haciendo con el objeto mencionado. En el evento de que sean exactos esos in-

formes debe creerse que la referida expedición será la última que emprendan los franceses para prolongar su ya demasiado extensa línea. Ensancharla más, les presentaría gravísimas dificultades, como se las presentará conservarlas luego que se disminuya la fuerza efectiva de que han podido disponer hasta aquí.» Estaba, pues, preparado el Gobierno, según las líneas anteriores de D. José María Iglesias, para desocupar momentáneamente la ciudad de Chihuahua y refugiarse en algún repliegue de la Sierra Madre ó en algún punto distante del desierto.

Aun tardó más de seis meses en realizarse la cuarta traslación del Gobierno durante aquella guerra. Algunos días menos dolorosos que los de Paso del Norte trajo la primavera de 1865. Oajaca había caído, casi á la vez que se perdían los últimos puertos de occidente en el mar de Cortés, pero Nuevo León y Coahuila eran recuperados; Zacatecas y Durango abrían de nuevo sus territorios; Matamoros era objeto de una expedición vigorosa de los republicanos; y así, en lugar de la fuga hacia el norte de Chihuahua, el Gobierno veía un ensanchamiento de su esfera de mando. Esto sin contar, para alentarlos, con las valientes acometidas dadas á las tropas francesas y auxiliares en donde quiera que intentaban dominar. Rosales en el noroeste, Corona frente á Mazatlán, Régules en Michoacán, Félix Díaz entre Puebla, Veracruz y Oajaca, Figueroa en este último, Méndez en Tamaulipas, mantenían el estado de saludable intranquilidad que aconsejaba Milans del Bosch, hablando en su nombre y en el del general Prim. «¡Ay de Méjico, decía, si se empeña en tener Numancias y Zaragoza! Al campo, al campo; en el campo está el baluarte de la libertad. Balbonas y Termópilas, que no Oajacas y Pueblas han de salvar la República Mejicana. El heroísmo de las defensas puede enaltecer el denuedo de los defensores, pero nunca dió ni dará ni puede dar resultados ventajosos. Prim y todos los militares que aquí tenemos la vista fija en Méjico y la seguimos con nuestros corazones, somos de este parecer, que puede usted hacer llegar á conocimiento del ilustre y virtuoso Juárez». No era preciso que Juárez lo mandase. Por la fuerza misma de las condiciones militares del país, los defensores de la República habían tomado la actitud aconsejada por Milans del Bosch, «atacando al enemigo en sus idas y venidas, causándole bajas y entorpeciendo sus operaciones». El enemigo, por su parte, enfurecido por la hostilidad republicana, se dejaba llevar de lamentables violencias, que despregiaban su causa. Ó incendiaba, como en Concordia; ó azotaba á los liberales, como lo ejecutó en Morelia, Potier, el AZOTADOR; ó fusilaba, como se hizo en Méjico, por orden de Bazaine, llevando al patíbulo, por sentencia de una corte marcial, á Nicolás Romero. Maximiliano extendió inútilmente la mano para detener á la airada soldadesca. Él y sus funcionarios nada pudieron hacer para impedir la obra inicua de los sedicentes civilizadores. La impotencia del Imperio comenzó á desconcertar tristemente á Maximiliano, en tanto que la República levantaba su causa con la persecución que estrujaba á sus partidarios en los lugares dominados por los franceses con látigos y cortes marciales.

La desocupación del nordeste por los franceses activó una rápida formación del núcleo mejor organizado con que contó por aquel tiempo la República. Era